

**DEL LABERINTO SE SALE POR ARRIBA
(El regreso del sujeto y la política como potencia).
PATRICIO RIVAS H. Noviembre del 2002**

El Criticón: En una guerra que gira en torno a los bienes supremos de la nación, es decir, lucrar y tragar, el plan infernal de provocar una hambruna es un recurso mucho más ético, por ser más armónico, que el empleo de lanza llamas, minas y gases. (K.Kraus, 1991:129)

A Luciano Carrasco, hijo de nuestra generación

La voluntad del corazón.

Demócrito golpeó los sueños fútiles al señalar que la esperanza de los idiotas está despojada de razón. Para construir la esperanza, como voluntad de las nuevas subjetividades, urdidas en todo tipo de espacio creativo en los últimos treinta años, hay que comenzar por abandonar la tristeza y asumir todas nuestras biografías como portadoras potenciales de una realidad absolutamente nueva y emergente, pero en estado de espera. Se necesita mesura y coraje para que el dolor, que nos devora las entrañas, permita sacar a la luz los retazos y fragmentos de los varios mundos alternativos que coexisten escurridizamente en las costuras del nuevo pensamiento totalitario, sembrado por las oligarquías financieras y sus centros intelectuales. Fragmentos que están ahí y son un caudal de fuerza.

Para dejar el miedo atrás y las brumas encantadoras de la ausencia del riesgo, hay que recuperar las armas morales de las cuales disponemos y precipitar en nuestra conciencia la reapropiación de las capacidades creativas que hemos heredado y que se encuentran apabulladas por los ámbitos disciplinarios, que expropian nuestra energía intelectual y fisiológica para reproducir relaciones de poder y dominio.

Las confrontaciones a nivel del cuerpo son por ello el territorio social donde es posible involucrar toda nuestra capacidad para romper los diversos cercos que se yerguen en nuestros entornos, para pasar de la heteronomía social y cultural a la autonomía de la imaginación y de la fuerza moral. Por ello, es que es imperativo

una reinención, no de las izquierdas como aparatos políticos, sino de las identidades de la izquierda, plurales, diversas y no reductibles a lo que el mundo actual parece permitir, sino a aquello que está más allá de lo posible y que se instala en el ámbito de la pasión por reinventar el concepto de realidad y sus propias prolongaciones de una realidad no fáctica.

Es un grave error negar la trascendencia que ha tenido el campo de las experiencias anticapitalistas, en casi dos siglos de existencia autónoma, y aunque la mayoría de ellas se hayan transformado en la manera astuta en que el orden social de la burguesía se extendía, es trascendente que estos experimentos no se hacían al amparo de su imagen, se realizaban en nombre de un paradigma que buscaba superarlo. Estos fueron intentos por transparentar sus negaciones y tallerizar en millones de búsquedas el logro de un orden social justo, que ha estado por tanto tiempo pendiente. El problema consistió en el déficit de conocimiento histórico acumulado, en no saber cómo generar las condiciones de existencia material sin reproducir, al mismo tiempo, un orden social fragmentado por la desigualdad y la acumulación de poder. Hoy es posible plantearse esta tarea a partir del reconocimiento que se han generado las condiciones fundamentales para una conciencia social plena a nivel de la abrumadora totalidad de la especie humana, ya que son cada vez más los que pueden y en muchos casos quieren asumir que la gestación de un nuevo modo de vida no dependa de la expropiación y concentración del poder en una pequeña fracción dirigente. Aquí radica el vértice transformador y origina de lo que denominaremos más adelante el despliegue de la revolución social.

Lo contrario de la desesperanza es creer y la fuerza de esto radica en saber que, de en uno en uno, asumidos como moléculas, somos impotentes y portadores de la frustración y de la autodestrucción. Asumir la totalidad de nuestras eventualidades, la dualidad cruel y creadora, es amplificar las capacidades de nuestro ser social en la vinculación con otros sujetos individuales y colectivos que dan lugar a la realización, no en la ingenuidad del cumplimiento simple de nuestros deseos, sino en la construcción de una existencia que duplica sus espacios heurísticos en cada relación con los otros, obligándonos o impeliéndonos a la autotransformación, a la consideración del otro, a la necesidad de superar la frustración y nuestros impulsos destructivos y autodestructivos. Estamos proyectados a pensar con todo el cuerpo y con todos los seres humanos, eso es la inteligencia como relación.

La dramaticidad de lo reciente ha sido episódicamente expuesta. En gran medida porque el arte y la cultura contemporánea se mueven obsesivamente en la lógica de los circuitos comerciales, que exigen entretención o problematizaciones livianas, para que los cuerpos cansados encuentren un espacio psicológico de recuperación de sus fuerzas fatuas. Sin embargo, y cada vez con mayor recurrencia desde el cine, la novela, la poesía y el ensayo irrumpen los fragmentos de "realidad" social y psicológica que nos recuerdan la drasticidad de los días en que vivimos, la expansión de situaciones sin salida dentro de su propia lógica y el autoencierro de personajes que en capitalismo tardío son y expresan la locura presente, en un laberinto que desde sus inicios lleva al barranco sin grandes misterios pero que en su narrativa gana tal magnitud de representación que nos

permite penetrar en el alma de sujetos que han sido lanzados a las crisis, a las guerras, a las pérdidas de dignidad en brazos de torsiones sociales de alcance casi telúrico, que ponen en evidencia nuestra pequeñez individual frente a lo que ocurre.

Devastados, de Sarah Kane, constituye ese tipo de reflexión artística que, es algo más que cruda y perturbadora, es desgarrante porque localiza en la cotidianidad sórdida la trampa carnívora que recorrió todo el siglo XX y que hoy nos amenaza con su extensión de guerra abierta o encubierta hacia los espacios de la vida cotidiana. Los personajes terminan en diversos impases aniquilándose y devorándose a través de ritualidades ancestrales de destrucción del otro, para consumir con un mínimo de anchura la propia destrucción. Reseña condensada, no de los riesgos que pueden ocurrir, sino de los eventos que han venido aconteciendo, sin prensa y sin espectacularidad, en la violencia silenciosa desde el fin de la Guerra Fría.

Si el arte crea sentido y valor, a través de la ilusión de la verdad, el sujeto actual ve proyectada sus carencias en el juego de personajes voraces, corruptos o cínicos que han amplificado su presencia demográfica en las filas de quienes han dominado al mundo y han contaminado gravemente a quienes desearon hasta hace muy poco transformarlo.

No es necesario acudir a la teología para asumir que el mal es parte de la dramaticidad humana y que cohabita en nuestra condición de animalidad. No basta con la conciencia o el programa lúcido, la cuestión pasa por asumir todas las dignidades del otro como condición de mi propia situación, tema que estuvo, entre otros, prolíficamente presente en las reflexiones de los denominados “socialistas utópicos” desde el siglo XVIII, que quizás por eso han recuperado una activa actualidad.

Estamos en los prolegómenos de una tercera gran transformación del orden mundial. La primera correspondió a la expansión y constitución del capitalismo como modo de producción material basado en el desgaste productivo de los cuerpos humanos, proceso que se extendió desde la Revolución Industrial hasta el primer gran conflicto armado entre las Potencias hegemónicas, entre 1914 y 1918, y que produjo una anomalía de gran originalidad en sus inicios con la irrupción de la Revolución plebeya y popular en la Rusia Zarista, fermentando una propuesta que entre 1917 y 1925 constituyó, efectivamente, una experimentación de orden revolucionario. Pero la lógica del poder stalinista asfixió esta tentativa al imponerse la opción más regresiva de ese intento de construir el reino de la libertad.

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial se generó otro ciclo por la dirección de los asuntos mundiales entre las fracciones más dinámicas del capitalismo internacional y la Unión Soviética, que ya no era el Estado de los revolucionarios en el poder, sino de una clase burocrática que acumulaba y administraba los excedentes producidos por una economía centralmente planificada. Este periodo se exployó hasta el derrumbe de este modelo, como resultado de su incapacidad

para modernizarse y reformarse desde la cúspide, dando así lugar a una mutación de los mapas mundiales del poder durante toda la década del noventa. El stalinismo operó con la lógica de una contrarrevolución, de una restauración de la sociedad jerárquica en el campo de la creación revolucionaria. Sus brutalidades expresaron cruelmente, en ese momento, el gigantesco déficit de inteligencia social acumulada para construir un orden de iguales.

Debemos integrar a nuestro análisis la elasticidad que ha evidenciado el capitalismo desde la década del setenta. Es necesario asumir y comprender que este no se ha quedado en el formato, parafraseando a Max Weber, del capitalismo de cátedra. Más que volver a releer *El Capital*, se trata de leer el capitalismo, conocer sus tecnologías, reconversiones y puestas en escena, entender crudamente el presente.

Este sistema ha logrado ensamblarse a las subjetividades, a las experiencias morales y a la vida cotidiana de la totalidad de los procesos sociales que ha abarcado, pegándose como una segunda piel a los cuerpos de sus víctimas que compiten despiadadamente entre sí para poder seguir viviendo sus vidas sórdidas sin recursos, sin llegar a ninguna parte.

El capitalismo ha estado lejos de dogmatizarse en una sola forma, se ha mostrado adaptable, flexible y polivalente. Es decir, ha sido capaz de reinventarse frente a cada crisis, asumiendo la crítica artística y la crítica social desde su propia lógica fetichista. Para lo primero ha expandido las industrias culturales y al artista como asalariado de sus propias invenciones. Para lo segundo, ha transformado la crítica de la razón instrumental en el concepto de modernización de los procesos, pasando desde la razón instrumental a la locura de la tecnologización como fundamento.

Es irónico que los conflictos de 1968, que criticaron el modo de ser de la sociedad burguesa en todo el occidente, hayan sido una de las fuentes que le permitió al capital redefinirse, pasar de la repetición al transformismo, y quienes en aquel período contestario y radical, inspirados en Marx, Freud, Nietzsche, Marcuse, en el surrealismo y en las vanguardias estético artísticas, se hayan congelado en ese momento sin ser capaces, durante demasiado tiempo, de refundarse, de hacer el balance arqueológico de sus avances y entrampamientos, para terminar en la decepción, el abandono o el autoaislamiento.

Los licenciados del 68 mundial se desplazan como figuras proféticas negativas o positivas de esta segunda gran revuelta del siglo XX. La primera aconteció después de la guerra 14, a la que T. S. Eliot le dedicó *Tierra Baldía*, entre 1920 y 1939 emerge una pléyade de creadores, muchos de los cuales serían asesinados en los campos de concentración nazi. Los del 68 no vivieron la experiencia del nazismo, pero sufrieron las represión en Europa y EEUU, el genocidio en América Latina y la reinstalación de un nuevo tipo de sociedad del capital, transnacional, globalizado y cada vez más alejado de sus idearios de democracia liberal. El impacto de esto y del derrumbe de la Europa del Este produjo en los

sesentaiochistas una transformación del piso existencial, de tal magnitud que sus efectos pueden ser analogados a los de una guerra.

Pero también están “los sobrevivientes” de Canetti, partisanos de los desplazamientos, portadores de soledades fructíferas y de ansias de articulación social. Se les puede observar porque no juzgan ni acusan, ni enrostran a los suyos de antes y de ahora, tejen diálogos inconclusos para poder salir con todos del pantano. Ellos son los nexos generacionales, que a veces sin saberlo, resuelven los puzzles de la memoria.

La velocidad y profundidad de la reconversión sistémica del capitalismo, desde que Yeltsin sobrio se subiera a un tanque, parodiando a los estudiantes chinos masacrados en la Plaza de Tiananmen, ha conocido dos etapas, desde 1991 al 11 de septiembre del 2001, la cual fue administrada con el criterio de la contención de las zonas de conflicto y del disciplinamiento de los diversos sistemas políticos que son parte del tejido mundial: Estados, instituciones y organizaciones representativas. En este periodo operó el espíritu artesanal del aprendizaje frente a las medidas que imponía la bestia de la nueva realidad, especialmente graficada en la exyugoslavia y patentemente en el fracaso de la política hacia África. En América Latina los dirigentes de transiciones democráticas resultaron ser muy buenos alumnos, exceptuando, que para nada es un detalle, Salinas de Gortari en México, Color de Mello en Brasil y Menem en Argentina.

Pero a partir de los atentados en Nueva York se ingresa, francamente, en la fase bélica de éste reordenamiento. Es la propia lógica de la acumulación de riquezas y poder la que impele a los centros mundiales a ajustar la totalidad de las dinámicas nacionales e internacionales a la hegemonía de lo que Negri (2000) ha denominado ensayísticamente “*Imperio*”. Hemos ingresado así al ciclo del “duelo” (Clausewitz) al interior del cual se busca la derrota moral de todos aquellos que pueden plantear disidencias y resistencias efectivas a este mundo globalizado. Se trata de un ejercicio sistemático por desarmar intelectual, moral y organizativamente las resistencias de los hombres y mujeres, que por sus biografías, sensibilidades y opciones de vida, buscaron durante todo el siglo XX producir procesos sociales alterativos signados por la democracia, la horizontalidad y la igualdad, desde distintas matrices programáticas.

Lo que caracteriza este nuevo impulso estratégico de los núcleos financieros dominantes es el genocidio, parcial o general, de los opositores a través de operaciones ideológicas y políticas de detección, cerco y neutralización. Ya antes la antipsiquiatría de Basaglia, Cooper y Laing nos había insinuado, desde su disciplina, esta tendencia. No estamos en presencia de excesos irracionales, sino de enfoques en extremo sofisticados por ocupar los territorios geográficos y sociales, con orientaciones de explotación intensiva y extensiva de los tiempos de vida y, simultáneamente, con el propósito de avanzar hacia las subjetividades, hacia la psicología profunda de la especie humana para incrustar la certidumbre, no sólo de que este es el único mundo posible y racional, sino más importante aún, que no hay alternativa y que lo que corresponde es la resignación sumisa de

las voluntades y pasiones libertarias, que desde el Renacimiento habían venido fermentando utopías y búsquedas.

Al servicio de esto se han propuesto teorías instrumentales, como la del *Choque de Civilizaciones*, o el *Fin de la historia*, o la *crisis de las democracias*, que ya habían sido enunciadas por la trilateral a mediados de los setenta, que organizó y encabezó Henry Kissinger. Aunque sus antecedentes más primarios hay que escarbarlos en la muerte de las ideologías de Daniel Bell hacia fines de los 50. Este proceso en su conjunto corresponde a una crisis general de la civilización tal cual la conocimos hasta bastante avanzado el siglo XX.

La gran intuición de la Escuela de Frankfurt, especialmente de Walter Benjamín, antes de los campos de exterminios y de la bomba atómica, fue sugerir esta eventualidad, pero sus palabras se secaron frente al ángel de la historia, en los textos universitarios, quedaron sumidas en las aulas académicas y en estudiantes eruditos que no lograron penetrar el mundo del sentido común, hasta que Vietnam, Brasil o Chile evidenciaron que no eran las razones de una teoría, sino la teoría de una realidad masificada. Los Osvaldos Romos o las escuelas de mecánica de la armada en Chile y Argentina, demostraron que el terror en la época de la reproducción mecánica puede ser industrializado y que hace parte orgánica de las etapas de crisis e incertidumbre.

Hoy el reino del capital somete al ámbito de lo social, en todas sus porosidades, a la ley del valor, que es trivializada como la esfera del mercado donde todo se compra y se vende, pero que contiene intrínsecamente la pesadilla de un Hobbes o de un Montesquieu, consistente en la guerra de todos contra todos, que no se produce en su forma bélica, sino en una afán de competencia, lucro y ruptura ética, donde la victoria de cada cual corresponde a la derrota del otro. Incluso las grandes religiones monoteístas se ven avasalladas en sus versiones populares frente a este mensaje que supone la negación de la solidaridad social básica y el triunfo de una individualidad que se desploma internamente en sus propias patologías.

Ley del valor que no solo implica la ganancia neta, la victoria del valor de uso frente al valor de cambio, sino que lleva implícita la expulsión de lo competente frente a la competencia, de lo asumido frente a lo original, de la reconversión ante lo lúdico y lo nuevo, el lucro de cara frente al espíritu humano. Ley del valor que teje la globalidad de las relaciones de mercado, con un trabajo ultra calificado que ya no puede ser reducido a mediciones simples de taller o fábrica, sino calculado en la dinámica de los flujos internacionales. Pero al mismo tiempo, fases de la reproducción, circulación, reparto de las rentas, relocalización y expansión tecnológica que ya no constituyen compartimentos estancos, sino que se mezclan y yuxtaponen en realidades y conceptos cada vez más complejos que descolan la economía política de cátedra hasta hoy dominante y obliga recurrentemente a recetas hechas a la medida de realidades locales o regionales, pero que al estar construidas por procesos locales terminan siempre estando por atrás y por debajo de lo necesario.

Pero sucede que al interior de este mismo proceso largo, de la historia del siglo XX, se fueron forjando capacidades intelectuales, morales y políticas que han multiplicado contundentemente las potencias humanas para construir un orden más justo. Es decir, hoy son muchos más y más capaces los hombres y mujeres que aspiran a una sociedad diferente que los que existían en 1848, en 1917 o en 1959, por tomar como referencias la Primavera de los Pueblos, el intento de la Revolución Rusa, o el acotado experimento de la Revolución Cubana, que en el largo ciclo de los procesos humanos serán sólo episodios por revolucionar esta organización de la “realidad”. Serán una suerte de espartacos, gracos o cristianos primitivos, que dejaron una impronta de la cual hay ahora que tomar el brebaje que trasunta libertad y que nos impulsa a dejar sobre la mesa aquello que está encadenado al pasado.

Por ello, se puede sostener de que este ciclo de crisis civilizatoria confrontará, a lo ancho de la totalidad de los territorios mundiales, a las fracciones más dinámicas de la economía internacional con diversos grupos y fuerzas, que desde las sociedades civiles, comienzan, aún lentamente, a agruparse y a recuperar confianzas en sus propias opciones. A construir sus nuevos sujetos colectivos e internacionalizados.

Si miramos los vectores de la historia, desde una perspectiva social, lo que comenzamos ha observar y a tomar gradualmente conciencia es que se viven tiempos de revolución social, de grandes cambios en las maneras de vivir y de concebir la existencia, la naturaleza y la propia vida como proyecto.

Pero el camino será duro, ya que la expansión del orden dominante ha producido una masa de miseria material y moral que hace difícil los avances y que transforma el descontento de los excluidos y de los golpeados en una cotidianidad blanda y muchas veces cinica.

Esto genera grandes posibilidades de cooptación del orden sistémico que excluye a una vertiginosa velocidad. Las relaciones de poder estrangulan muchas de las oposiciones a través de tácticas inmateriales, que modifican al propio cerebro e inteligencia en instrumentos de producción y en valores de mercado.

Pero como se ve, la multiplicación de los disidentes es un hecho, que a pesar de esto, es demasiado extendido como para que la generalización de la ley del valor, desde lo material hasta lo psíquico, no encuentre enormes obstáculos, o para que la cooptación sea eficiente en el largo plazo.

Las derrotas, que sin lugar a dudas hemos vivido y sufrido, contienen en su seno nuevos dispositivos de rebeldía que confrontan, de manera más o menos velada, al poder con la potencia intelectual y social de quienes resisten, desde diversas astucias, a pesar de los cercos mediáticos y de las tácticas de idiotización masivas.

La mutación de la sociedad y los pesimismoes de la década del 90 se dieron en un contexto de grandes sufrimientos psicosociales y culturales. El orden político del

mercado mundial es el *“Imperio”*, pero este existe y se ha construido sobre arenas movedizas. Lo que está hoy en juego es el futuro de la especie humana en su doble condición, de especie biológica y social.

Las formas de la lucha, a la cual somos convocados, si queremos que el concepto de humanidad siga teniendo como sustrato la libertad, no se dibuja como en los textos clásicos en los formatos de un ataque contra el poder y sus instituciones legitimantes, sino en la saturación de ensayos libertarios de todo tipo, que permitan antes que nada, reagrupar a los nuestros, reconstruir las confianzas y curar las heridas, haciendo balances rigurosos de nuestro propio pasado, muchas veces encuadrado en los despotismos ilustrados o en los voluntarismos suicidas. Pero más importante que esto, es que seamos capaces de reconocer y aprender de los distintos movimientos sociales que en estas duras condiciones han ido tejiendo nuevos programas modestos, dialógicos e igualitarios, que constituyen hoy un primer estadio de esta nueva resistencia, sin sucumbir a las trampas, grotescas, de optar por los talibanes *“del petróleo”* frente a los del *“dólar”*.

Se trata del ámbito de la ética, de la construcción de las fuerzas morales que remiten al conocimiento riguroso de las distintas realidades y a la justicia y transparencia como valores fundamentales de la acción.

Nos han tocado tiempos difíciles, pero existencial y ontológicamente debemos reinstalar la rebeldía como principio, la esperanza fundada como soporte de la voluntad y la convicción de que la aventura de la vida tiene sentido cuando asumimos la totalidad de los dramas humanos como un dolor propio y como una responsabilidad ética de especie.

Extendamos nuestros nexos al ámbito internacional, saltamos por arriba de los conceptos de lo local y lo nacional, internacionalicemos nuestros esfuerzos y saberes y utilicemos todo lo que la propia expansión tecnológica nos ofrece para reproducir ampliamente nuevos niveles de inteligencia colectiva, de inteligencia social, sin cosificarnos en enfoques rígidos y lineales. Generemos, a partir de la ciencia, del arte y de los saberes populares, nuevos lenguajes e ímpetus para la acción, superemos la versión estrecha y suicida del economicismo y la política convencional.

Asumamos como determinante lo social, abarquemos la totalidad de los problemas y heridas que arrastran el hombre y la mujer del siglo XXI, sensibilicémonos frente a todos sus pesares y multipliquemos todas sus intuiciones, que constituyen la poética de la vida. No sólo en grandes gestas, que por lo demás nunca pueden ser preparadas o administradas, sino que también revolucionemos la vida cotidiana, las relaciones interpersonales, expandiendo las ternuras y los afectos para recuperar y reinventar el concepto de vida como un ensanchamiento de las potencialidades del ser, arrancándolo de la jaula donde ha sido sometido y sofocado.

Durante el año 2003 asistiremos a un intento de fondo por encuadrar el eje de los conflictos alrededor del desarme y derrocamiento del régimen de Saddam Hussein en Irak y, a partir de ahí, disciplinar todos los rechazos y hostilidades que este orden en gestación esta produciendo.

Las consecuencias globales del conflicto del Medio Oriente marcan así el esfuerzo más sistemático por doblegar a quienes, sin compartir, los integristas de ninguna naturaleza, comprenden que los focos del Medio Oriente ponen en riesgo la paz mundial y las posibilidades de un orden democrático.

TODOS SE ESTAN TRANSFORMANDO EN TRABAJADORES PRODUCTIVOS.

Los procesos del trabajo se han transformado en un campo móvil y socialmente efímero desde la década del 80. Desde esa década las formas de producción de mercancías no han cesado de mutarse y relocalizarse, esta metamorfosis del mundo del trabajo que continuará su proceso de aceleración, de suerte tal que, es posible que de aquí a diez años la realidad de la economía internacional sea profundamente distinta a la actual, en base a la expansión de las nuevas tecnologías, a la modificación de las habilidades laborales y a las transformaciones de las estructuras de consumo, vinculadas a nuevas formas de

satisfacción edonista y fetichista. Se puede configurar un socio mercado de la vida, la existencia psicosocial y cultural se ha ubicado en un bazar de intercambio, con pequeñas satisfacciones compradas y grandes frustraciones controladas.

Estos grandes cambios de la economía reconvertirán las resistencias y luchas de los trabajadores del período clásico de la industrialización del siglo XX en eventos arqueológicos. Millones de personas en todos los países del planeta serán desplazadas del mundo laboral e integradas a diversas formas de exclusión, muchas de las cuales serán subvencionadas por el Estado con subsidios económicos que buscarán esencialmente preservar a estos sectores como clientes de una tranquilidad política comprada. Desde luego este no es el Estado de bienestar, es el del control social orgánico. Cuando no se logra la paz social, dentro de los cálculos de costo de la seguridad interna, se conculcan y asfixian las demandas hasta agobiarlas en potencia política.

La desterritorialización como fenómeno en expansión, se orienta a aumentar las eficacia y las formas de expropiación del cuerpo humano. De hecho, el desgaste biológico y psicosocial de las personas es utilizado productivamente en el mundo de la economía y de la estabilidad política como un plus de poder. Esta funcionalización de los desgastes provoca un empobrecimiento moral y un agobio de las capacidades de resistencia frente a procesos que parecen tan imparables como desconocidos. Es claro que el ensanchamiento de las tácticas comunicacionales y la saturación de los torrentes simbólicos, doblega y nubla la capacidad de entendimiento de aquellos que habiendo nacido culturalmente en el contexto del siglo XX estaban habituados a una suerte de orden cartesiano del

discurso en esa ingenua percepción de emisor-receptor, a la verdad, a la demostración, o al habla desde la racionalidad.

Lo que vemos en marcha es una reconversión desde dentro del sujeto; no asistimos, como se supone ingenuamente, a la muerte del sujeto de la modernidad, sino a la eclosión de todas sus cualidades productivas y perceptivas, a un nivel tal, que la conciencia de ese proceso queda exhausta y agobiada frente a la dinámica del mismo hecho, pero, paradójicamente, a medida que se desplaza la máquina de recomposición de subjetividades y las estrategias de transformación productiva y política del capitalismo mundializado aparece primero bajo la forma de resistencia y luego, en muchas partes al amparo de nuevas creaciones, una novedosa poética deseante, una retoma de conciencia de ese sujeto bombardeado que comienza a contemplar que se le abren nuevas posibilidades, justamente porque se hace clara su naturaleza mundial y su articulación de intereses con muy distintos personajes de todos los territorios del mundo.

Es el momento del nuevo sujeto deseante, curtido en los conflictos silenciosos de las últimas décadas. Es una realidad abierta y ambigua, por una parte, las nuevas formas de producción de mercancías ponen en crisis los marcos, los parámetros, las costumbres y los hábitos consolidados en la vida económica y social del siglo XX y por otra, aparecen nuevas subjetividades de resistencia y nuevas ganas de refundar el mundo a partir de la descomunal riqueza material e intelectual acumuladas en los últimos 100 años: el deseo es posible y ya no resulta sólo de esta nueva desesperación, sino del paso de una conciencia heterónoma a una conciencia autónoma, pero entre una y otra está la crisis la transformación.

Intentando cartografiar los ámbitos en los cuales se está representando las fuerzas y los actores de las nuevas contradicciones, podríamos observar de manera esquemática cuatro lugares, de la totalidad.

- a) Las resistencias de los trabajadores clásicos, tanto fabriles como administrativos, por impedir que sus conquistas sean trituradas, achicadas y esfumadas, en brazos de los procesos de racionalización de costos. Estas líneas de resistencia han sido socavadas en muchos lugares y en términos mundiales se trata de un difícil combate defensivo y de difícil organización, ya que estos sectores han sido marcados como lo antiguo, lo tradicional.
- b) Un segundo ámbito, es el intento de disciplinar, en base al miedo que cabalga en la imagen de la inutilidad del cesante, a las jóvenes generaciones que están ya integradas al mundo del trabajo. El alma de los jóvenes ha sido golpeada mediáticamente con los dolores de un mundo adulto que intentó cambiar la realidad, pero terminó arrinconado en virtud de muchos genocidios. El joven se ve así frente a dos etapas que lo aprisionan: un pasado de esperanzas que se diluyó y un futuro dominado por los poderosos, donde la audacia de los sueños parece contar con pocas posibilidades. En este recuadro, las formas de vivir y existir serían el trabajo a destajo y el consumo recurrente aunque racional y

productivistamente administrador de estupefacientes, drogas y alcohol. Esta drogossociedad serían los mínimos espacios que le quedaría a la rebeldía para expresarse, aunque su gesto fuera suicida. Sin embargo, en este mundo existen muchas y astutas formas de hacer creer que se está de acuerdo con el mundo actual, cuando de verdad es que se le rompen soportes diariamente.

- c) La sumisión de parte del mundo del conocimiento, a la reproducción ampliada del capital, a la renta de la inteligencia. La compra mercantil de las mejores cabezas en diversos ámbitos, desde la ciencia al arte, anuncia un aprendizaje estratégico de las fracciones dominantes respecto a las capacidades de revuelta que tiene la inteligencia. La cooptación de millares de hombres muy brillantes asume una configuración que sólo nace de la reflexión estratégica. Lejos está el período alucinante de las viejas vanguardias artísticas de los poetas bohemios, de los corazones valientes y de las palabras con garras, que transformaban la manera de sentir y ser en el mundo. Es necesario reflexionar más respecto a cómo se nos ha señalado que el arte ha muerto (Danto). Pero también ocurre que este sector vive sus crisis y critica a las lógicas instrumentales, al amparo del debate de paradigmas.
- d) La tendencia a acercar y cosificar las luchas de los nuevos movimientos sociales en el concepto de identidad. La irrupción de las autonomías étnicas, del reconocimiento de la diversidad sexual y erótica y las singularidades de los grupos de edad, ha hecho proliferar la sensación de que molecularmente se están produciendo millones de conflictos, la mayoría de ellos progresivos; esta percepción se ha visto acrecentada por el descomunal deterioro ecológico del planeta y la irrupción de diversas corrientes medioambientalistas, sin embargo, es necesario precisar dos límites de este proceso: el primero es que estas luchas, sin una visión global que contextualice sus objetivos y explique sus obstáculos, puede terminar ensimismada en una constante agitación que no produce cambios de la realidad, importa reconocer los derechos de género, la dignidad de las reivindicaciones de los pueblos originarios, es decir, es fundamental aceptar su identidad, pero también ubicarla dentro de cierto lugar de la pirámide social, saber cómo se relaciona esto con el status. No es lo mismo ser negro que gay y, no es lo mismo ser hispano que chino y, además pobre, es necesario cruzar las dos variables, la identidad y la de situación y ubicación social, para consolidar esos dos conocimientos, el de la diferencia y el del nivel socioeconómico.

Al contemplar este panorama lo que podemos observar es un proceso de construcción muy acelerada de una nueva época histórica, es como si la “teoría cuántica” nos permitiera comprimir el tiempo que va desde el fin de la Edad Media hasta la revolución industrial, en unas cuantas décadas. Esta compresión del tiempo implica que por unidad cronológica hoy ocurren millones de cosas más, sin embargo, muchos de los que, por opción o profesión, observan y analizan estos eventos, siguen usando relojes de arena y, por tanto, siempre son sorprendidos, siempre viven la impotencia de la perplejidad.

Se desplazan en círculos alrededor de textos canónicos sin integrar los nuevos fenómenos ni arriesgar hipótesis generales. El congelamiento de los análisis locales resulta de una suerte de pánico a arriesgar nuevos modelos teóricos, el miedo a equivocarse a castrado las ganas de seguir pensando y a debilitado las audacias de la intuición.

LO QUE IMPORTA ES ANALIZAR MAS EL ESTADO DEL PODER, QUE EL PODER DEL ESTADO.

Es notable que el desprocesamiento de la teoría crítica en el siglo XX haya culminado en la construcción de una hipótesis fetichista en relación al Estado. Esta erótica atracción que ha generado en la acción política del siglo XX, lo que se llamó con bastante tosquedad el aparato del Estado, explica en parte el predominio de un concepto de política como política hacia y frente al Estado. El fundamento de esta distorsión, a su vez nacida de un espejismo, es el de suponer que era en ese lugar, repleto de símbolos y protocolos, donde estaba el poder.

La política crítica del siglo XX sucumbió muchas veces a la fiebre positivista, a una suerte de reflexión que implica que el poder tiene que estar donde se ve empíricamente, es decir, en las instituciones del sistema político y de gobierno. Muchos de los críticos, durante el período que va desde 1914 a 1990, hacían política mirando hacia arriba, hacia lo institucional y perdían de vista sus flancos y su piso, que era donde estaba la sociedad, las personas de carne y hueso que constituyen un territorio notablemente más potente y complejo que el propio Estado. Aunque también ocurrió en menor medida que habían otros que miraban sólo hacia abajo y por tanto jamás percibieron cómo su accionar era mirado desde arriba del

Estado y así ocurrió que cuando fueron duramente tratados no entendieron por qué se producía este exceso, esta injusticia”.

Conviene retomar una reflexión básica: la relación poder, al igual que la relación mercado, es bastante previa al capitalismo y se van revistiendo de distintas configuraciones en lo que debiera denominarse la sociedad del poder.

Si algo es el poder, es la expropiación material, biológica y existencial del cuerpo de los otros y estos cuerpos físicos, empíricos, elocuentes en sus fuerzas y cansancios, son el territorio donde ocurren los procesos sociales. El poder se despliega como estrategia, oprime y exprime la energía de los cuerpos, constituyendo simultáneamente procesos de acumulación simple y reproducción ampliada en muchos ámbitos de ese territorio de lo social, donde los cuerpos rebeldes y los cuerpos dóciles se confrontan en una danza de las luchas sociales, que muchas veces se confunden debajo de una montaña de categorías, conceptos y modelos analíticos que borran la centralidad del cuerpo y ahora pretenden borrar, anular la del sujeto. Primero intentaron borrar el cuerpo y luego al sujeto. Hoy buscan asfixiar las rebeldías.

El hecho que el cuerpo sea asumido como centralidad de los procesos de poder, implica ensanchar la categoría cuerpo, se trata de sujetos, personas e individuos con memoria, biografía, deseos y sueños, se trata de persona-personaje, que se despliega en diversos roles y en virtud de múltiples guiones, en entramados donde muchas veces sus sueños son arrinconados y lo que queda de este sujeto es simplemente alguien que es utilizado, que vende su vida y su tiempo de existencia y que en algún día muere. Todo el espesor dramático imaginativo ha sido triturado y luego desaparece, lo que queda son los resabios de sus trabajos y labores que han ayudado a la producción de procesos de poder, respecto de los cuales él no tuvo una participación sino periférica, después de él queda la historia del poder, sin historias de vida, sin sangre, sin sujetos concretos.

Pero ingresemos también a la relación poder desde una dimensión geográfica, social, demográfica y existencial, para poder ubicar la relación poder como una síntesis de múltiples procesos que no pueden ser simplificados en la noción de fuerza, voluntad o efecto, el poder los implica, pero no es reductible, porque su esencialidad jamás se congela en un punto, sino es un desplazamiento “es una onda y un corpúsculo” simultáneamente.

La sociedad desde el ámbito del orden, de la reproducción y de lo relacional, en virtud de que la relación poder construye constantemente órdenes estratégicos, reproducciones del ámbito de la mercancías y de los propios cuerpos, modifica en cada segundo los sistemas de relaciones sobre los cuales se apoya. Cómo analizar entonces al poder sin sucumbir a una caracterización fantasmagórica. Poder es lo que expropia y se reproduce en virtud de esa expropiación, poder es lo que domina y desubica al observador víctima respecto a que desde qué lugar se le domina, poder es lo que domestica, pero produce en el cuerpo dócil un efecto somnífero una conciencia pasiva que no alcanza a comprender que gran parte de sus capacidades han sido ubicadas en la columna de en desuso y por tanto se mueve mecánica y cansinamente.

Pero el poder no es perfecto, no se trata de un demiurgo que sabe con conciencia exacta las eventualidades de todos sus actos. La locura, la rabia, la creación estética, han abierto, en diversos momentos, brechas en las tecnologías del poder. Las grandes revueltas o revoluciones, son fiestas de los cuerpos indóciles por recuperar su potencia constituyente, su capacidad de fundar nuevos órdenes sociales. En los propios momentos de crisis económicas, cuando la relación poder juega a dos manos, por un lado, derrocha y pierde volúmenes inmensos de riqueza y, por otro, concentra y reproduce en grupos mas competitivos, en el liderazgo de los asuntos del dinero, del comercio y la industria también se evidencian fisuras. Estas confianzas mitológicas, casi infantiles, que las sociedades tienen respecto de las instituciones formales del poder se ablanda y surge la duda en el futuro.

Estamos viviendo una situación paradójica, que consiste en que nunca como antes en la historia humana, tenemos conciencia histórica y teórica sobre los infinitos juegos estratégicos del poder y, al mismo tiempo, en la superficie de las cosas, en las “apariencias del espíritu”, la resignación parece haber instalado campamento,

el cansancio psicológico y la desmoralización, en relación a la eficacia de las revueltas transformadoras, estaría viviendo su singular y grotesco canto del cisne.

Señalemos muy escuetamente que lo que está en juego es mucho, quizás sólo lo sospechamos, pero tiene que ver con el destino de la especie humana como especie social, son muchas las intuiciones que circulan alrededor de este tema pero no hemos logrado construir una panorámica aceptablemente exhaustiva de lo que se denominaría la etapa actual de la reproducción del capitalismo a escala mundial o la reconversión de sus formas tecnológicas y políticas. Más riesgoso aún es esta situación porque parece que incluso las instituciones convencionales de lo que se denomina, no sin cierta ironía lingüística, el juego democrático, viven una simultaneidad de agobios y desprestigios. La corrupción es también una forma de redistribución de los ingresos y la ganancia extralegal, que se expande en base al descrédito de las instituciones, las iniciativas compartidas y de la caída de la responsabilidad social y pública. Sus consecuencias son fatales, ya que por una parte es transformada en un instrumento de la lucha por el poder entre las distintas oligarquías y políticas, por otra vacía al concepto ciudadanía de las cualidades que le había otorgado la modernidad, alejando al sujeto social de la política, haciéndolo dudar de su posibilidad de intervenir y ubica los asuntos públicos en el campo de la sospecha y de la oscuridad. El uso de los recursos públicos para fines personales se inscribe en la lógica del capital mafioso, en las prácticas desprovistas del sentido de lo colectivo que abandonan los marcos de referencia ética, que la política de cualquiera naturaleza ha supuesto tener.

Es creciente el número de los humildes de diverso origen que creen muy poco en los grandes discursos de “la igualdad, la fraternidad y la libertad”, pero también ocurre que los grandes grupos de las oligarquías financiera internacionales tampoco creen mucho, no alcanzan a convencerse que sus intereses puedan ser debatidos en parlamentos compuestos por políticos que dependen simbólicamente del voto popular “mandatados” o en foros de representantes de la voluntad colectiva. Este doble acotamiento de la democracia política no cuenta con ideología global alternativa como en otros periodos a principios del siglo XX. Lo único que emerge aquí es el mercado, pero un mercado que ya no corresponde a una categoría de cuño económico, sino que se expande hacia lo político y lo cultural.

Convendría reflexionar un poco más sobre imágenes muy en uso como las de marketing político, las industrias culturales o las industrias del conocimiento, esta suerte de teleología del concepto de mercado encubre una simultaneidad de procesos diversos, como las transformaciones psicosociales y culturales, las resistencias, las relaciones de incluidos y excluidos, pero permite observar una direccionalidad estratégica, cómo por un lado se oculta el carácter hipercapitalista de las transfiguraciones actuales y, por otro lado, se constituye un nuevo orden en el ámbito del poder que descoloca la gran mayoría de las instituciones respecto de las cuales el ciudadano de buen corazón todavía sigue creyendo, aunque cada vez menos.

LA ESPERANZA ES FUERZA MATERIAL

La forma valor, la ley del valor, es hoy el eje constitutivo no sólo de los procesos de reproducción material sino también de los espacios simbólicos, el análisis del mundo del trabajo es también tiene que ser por esto un análisis de la política y la cultura. Es esta reflexión la que en parte permite pasar del análisis del trabajo a la crítica del trabajo mismo y por ello moverle el piso a las relaciones de poder en su propio corazón, en el espacio del desgaste productivo de los cuerpos humanos. Y aunque la ley del valor se halla en redefinición el trabajo productivo es apabullantemente el principio de toda constitución de lo social, pero la categoría de trabajo debe ser desempolvada de capas de trivialización que la fueron cubriendo en los últimos

tiempos. Hoy podemos observar que la sociedad en su conjunto está integrada de manera directa e indirecta, a veces empírica o simbólicamente al mundo de la producción y circulación de la riqueza, ésto es lo que se ha denominado la nueva figura del obrero social, donde todos son parte del proceso de reproducción y hasta el propio tiempo libre es un proceso de reposición de las energías biológicas y de consolidación de las dinámicas enajenantes o escapistas. La explotación es la utilización intensiva del tiempo para transformar al tiempo, que es la esencia de la existencia, en un tiempo de dominación frente al tiempo de la liberación. Así como el análisis del mundo del trabajo es la base sobre la cual hay que reflexionar, la reconceptualización del tiempo de hoy como un territorio de lucha es decisivo en esta nueva época, asumir que las leyes constitutivas de la forma valor son, asimismo, las que posibilitan su crisis y destrucción en base a la expansión de las rebeldías las revueltas, la expansión de las subjetividades como variables articuladoras de una nueva fuerza social de las disidencias. Una lucha constante por aumentar el tiempo libre creativo, individual y social.

El vértice de este proceso emerge de ese punto de acumulación de tensiones entre la extensión constante de las formas de cooperación en la reproducción material y el dominio enormemente concretado de esas riquezas producidas socialmente. Las luchas actuales configuran un borrador de las nuevas empresas libertarias, aun es pronto para describir como en los próximos años evolucionará el desarrollo de lo crítico, lo diverso y lo transformador, por ahora constatamos que la forma capitalista del mundo actual es cada vez mas socialmente destructiva y la esencia de las críticas emergentes aparece como el territorio de lo creativo, de lo solidario, espacio del afecto y la ternura.

Pero los ciclos en los cuales se constituye este mundo alternativo no son los mismos, en los actuales se despliega el mundo dominante, existe una asincronía que quizás nos esté informando una nueva dialéctica de la historia, respecto de la cual se puede decir que frente a la expansión desmesurada del mercado, como concepto totalidad emerge la resistencia, la crítica y la invención de nuevos mundos posibles como poder constituyente en desarrollo.

Luchar por el tiempo libre, acortando el tiempo de trabajo, es poner en juego las fuerzas morales de la crítica en el centro de gravedad de los dominios.

La esperanza no parece haber nacido nunca en el lecho de la tranquilidad, sino en el de la voluntad de transformar el mundo circundante. La esperanza no espera porque tiene su esencia en la sombra de la desesperación. La multiplicación de diferencias, distancias, agonías, tristezas y rechazos a aquello que se llama genéricamente “lo que ocurre” está fermentando las condiciones para que una inédita revuelta y transformación social se precipite. Es más, si miramos con atención eso ya está ocurriendo, en los malestares y astutas prácticas de cavar en el subsuelo del orden actual.

Es el momento de encantarnos con una nueva poética de la existencia que dignifique a la personas y sus singularidades con una nueva probabilidad de mejorar la existencia humana y salir con los menores costos posibles para todos, de esta triturante etapa que nos ha tocado vivir. Pero etapa también que nos ha permitido conocer la fuerza moral de millones de hombres y mujeres que siguen creyendo en la libertad y en la alegría.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

